

## Experiencias

# Las coaliciones neoliberales en la Argentina: los casos de la Alianza y Cambiemos

JULIÁN ZÍCARI\*

El presente trabajo intentará comparar preliminarmente las experiencias neoliberales de gobierno de la Alianza y Cambiemos en la Argentina. Así, primero se buscará comparar la arquitectura de ambas experiencias de derecha, su poder institucional y el rol jugado por la oposición en cada caso. Luego se dará lugar al análisis de sus programas económicos y las dinámicas que ellos han conllevado para el primer año de gestión. En tercer orden se abordarán las pautas políticas, electorales y sociales de ambas coaliciones una vez entrado en su segundo año de gobierno. Finalmente, el escrito cerrará con algunas reflexiones finales al respecto.

**Palabras clave:** Neoliberalismo - Ortodoxia Económica – Alianza - Cambiemos

**realidad económica** 307 (2016) pp. 6-36  
ISSN 0325-1926

---

\* Magíster en Historia Económica por la UBA, doctorando en Ciencias Sociales de la FCS-UBA. Docente de la Universidad de Buenos Aires. Investigador del IIGG y becario del CONICET. sanlofas@hotmail.com. Este trabajo se terminó de redactar en octubre de 2016

## Neoliberal coalitions in Argentina: the cases of the Alianza and Cambiemos

This paper will attempt to compare the neoliberal experiences of the Alianza government and the Cambiemos government in Argentina. So, at first, we will seek to compare the architecture of both right winged experiences, institutional power and the role played by the opposition in each case. Then, an analysis of their economic programs and the dynamics that emerged from those during the first year of management will take place. In the third place, political, electoral and social patterns of both coalitions once entered its second year of government will be addressed. Finally, the article will end with some reflections.

Keywords: Neoliberalism - Economic Orthodoxy - Alianza - Cambiemos

Fecha de recepción: octubre de 2016

Fecha de aceptación: marzo de 2017

## **Introducción. Las derechas en la Argentina: del autoritarismo a la democracia**

La Alianza fue una experiencia de gobierno triste y nefasta, todavía muy cercana en la historia argentina reciente. Por sus desastrosas consecuencias finales (el “corralito”, el hiperdesempleo, la represión del 19 y 20 de diciembre y demás) es un período de nuestro tiempo que muchos desearían olvidar y al cual no volver. Sin embargo, el gobierno que encabezó Fernando De la Rúa entre 1999 y 2001 tiene muchas similitudes con el que encabeza en la actualidad Mauricio Macri, por lo cual, se vuelve imperioso trazar un mapa comparativo entre ambos gobiernos para entender algunos de sus parecidos y diferencias. Con ello se podrán analizar los diagnósticos y las dinámicas que conllevan inherentemente el tipo de medidas ejecutadas en uno y otro caso para el primer año de gobierno, permitiendo hacer algunas evaluaciones con vistas al futuro del país.

En este sentido, una de las características más destacadas de la historia política y económica argentina es la de haber carecido de un partido orgánico de derecha, el cual estuviera dispuesto a aplicar abiertamente el clásico recetario de medidas de la ortodoxia económica. No obstante esto, que la Argentina no haya contado con un partido de esas características, debemos decir, no le impidió al país conocer programas en esa dirección, sino al contrario: en la Argentina se han producido muchas experiencias inspiradas en el pensamiento económico ortodoxo. Así, la historia central del siglo XX estuvo protagonizada básicamente por dos tipos de programas económicos, bastante contrapuestos: los llamados “populistas” (o expansivos) y los “ortodoxos” (o liberales), sucediéndose una y otra vez entre sí, para ir alterando el signo programático según cada ocasión. Las características y objetivos de las experiencias “populistas” pueden señalarse, en líneas generales, por las de propugnar por el pleno empleo, generar una mejor distribución del ingreso, el nacionalismo económico, tener una mayor presencia estatal, darles protagonismo a los sindicatos, promover mejoras sociales y la expansión de derechos, otorgar subas nominales de salarios, tender a proteger el mercado interno -beneficiando con esto a las pequeñas y medianas empresas- y a buscar que el sector industrial sea el centro económico del país. Entonces vemos que por el tipo de objetivos, actores y acciones que suelen desplegar, las políticas populistas tienen como fundamento teórico el keynesianismo y las derivas relacionadas con el aliento a la demanda y a la estructuración del Estado de bienestar, siendo así gobierno de bases populares y con alto apoyo plebiscitario. Estos fueron los casos, a grandes líneas, del primer peronismo (1946-1955), la presidencia de Illia (1963-1966), el tercer gobierno peronista (1973-1976) y de los gobiernos kirchneristas (2003-2015). De modo muy diferente, las experiencias “ortodoxas” han tendido a centrar su interés sobre el sector agropecuario, el financiero, en los grupos más concentrados

de la industria y en los exportadores tradicionales. Así, el discurso liberal típico ha puesto en primer lugar el orden, la disciplina, el equilibrio presupuestario y la atracción de los capitales externos. Esto generalmente suele traducirse, como su gran *leitmotiv*, en ubicar a la lucha contra la inflación y el déficit fiscal como sus principales objetivos económicos, a los cuales dicen subordinar el resto de las metas de sus programas. Por todo ello, sus apuestas iniciales suelen estar ligadas con los ajustes del gasto estatal, a apelar a ganar la confianza empresarial y externa, aplicando programas recesivos, de ahorro -en general, vinculados directamente con las ideas del Fondo Monetario Internacional (FMI) y los gobiernos de los Estados Unidos y Europa-, provocando con ello una redistribución regresiva de los ingresos, generando concentración económica, baja de salarios y aumento de la pobreza, por lo que también -como su corolario final- han pedido a la población “paciencia” y “esfuerzos” para sanear la economía. Este tipo de programas liberales han tenido como sustento teórico los postulados clásicos de la ortodoxia económica, en general, y del neoliberalismo, en particular, y, como su consecuencia directa, pusieron su énfasis en la oferta y la desregulación (De Büren, 2014).

Como dijimos arriba, ambas experiencias, tanto la populista como la liberal, se han sucedido una y otra vez durante décadas en la historia argentina. Las causas de esta repetición han tenido dos énfasis interpretativos distintos. Por un lado, existen los autores que han ubicado a este círculo de “eterno retorno” a partir de fundamentos esencialmente económicos, destacando que las características básicas de una economía con una estructura productiva desequilibrada como la que posee la Argentina implica tener permanentemente los famosos ciclos de *stop and go*, en los cuales después de toda expansión del producto surgiría un ciclo de quiebre y recesión que volvería a sembrar las bases para otra nueva expansión. Así, se ha hablado de que en la Argentina existía un “péndulo” intrínseco (Diamand, 1983), un “ciclo de ilusión y de desencanto” (Gerchunoff y Llach, 2005), un “círculo vicioso” (Ferrer, 1980) o una “insostenibilidad crónica” en la relación entre producción y consumo (Canitrot, 1975). Por otro lado, hay varios autores que se han basado más bien sobre los actores sociopolíticos y económicos para explicar esta dinámica de sucesión de programas económicos tan dispares, señalando que entre las clases sociales y grupos se tejían distintos tipos de alianzas para llegar al gobierno e imponer un rumbo, plantear esquemas defensivos o a veces también bloquear programas ajenos (O’Donnell, 2008), se habló también de un “empate hegemónico” entre las fracciones de la burguesía (Portantiero, 1977), de los distintos ciclos de acumulación de las heterogéneas facciones del capital en pugna (Basualdo, 2006) y de “agio institucional” (Llach, 1987). En todos los casos, los esquemas repasados han abordado bastante bien la cuestión, especialmente para el tercer cuarto del siglo XX, en el cual la explicación siguió patrones espiralados y sucesivos entre

programas populistas y liberales.

Sin embargo, más allá de las explicaciones arriba reseñadas, existe una importante salvedad para dar cuenta de las experiencias liberales que los autores recién nombrados estudiaron y las actuales: los programas ortodoxos fueron llevados adelante por gobiernos militares o bajo un régimen semidemocrático y con proscripciones políticas. Con esto, es fundamental destacar que una de las características sobresalientes de las experiencias ortodoxas-liberales de la Argentina es que prácticamente no habían accedido al gobierno por medio de los votos directos, sino que en la mayoría de los casos se debieron a gobiernos autoritarios, que aplicaron fraude electoral y represión directa, puesto que la población jamás hubiera avalado tales medidas con gobiernos democráticos. Empero, desde el retorno a la democracia en 1983, con la hegemonía ideológica del neoliberalismo, la población argentina terminó consintiendo los programas de ajuste ortodoxos a través de distintas vías. Igualmente, no obstante este aval de la población, los resultados en el corto y en el mediano plazo terminaron por volverlos inviables política y electoralmente. Alfonsín (1983-1989), a pesar de que inicialmente se comprometió a llevar adelante un plan keynesiano, industrialista, redistributivo y de mejora del mercado interno (especialmente con la conducción económica de Grinspun), a medida que avanzó su gobierno -sobre todo desde la gestión de Sourrouille en 1985- aplicó una y otra vez ajustes y las recetas clásicas del pensamiento económico ortodoxo en línea con el FMI, lo cual llevó a su gobierno a un naufragio mayúsculo y a recibir un duro rechazo de las urnas: en 1987 y 1989 perdió las elecciones, debió abandonar con anticipación su presidencia, en un contexto caracterizado por la hiperinflación, la caída de los salarios y el aumento de la pobreza; padeció el país entonces una catástrofe. En el caso de la Alianza (1999-2001), con más pena que gloria, también se aplicó un decidido programa ortodoxo, el cual de igual modo hizo implosionar la economía, aumentó la pobreza, el desempleo, perdió las elecciones, terminó en forma catastrófica y con una nueva interrupción presidencial. La única experiencia que arrojó resultados paradójicos con vistas al programa ortodoxo fue la de Menem (1989-1999). En este caso, Menem a pesar de haber llegado al gobierno prometiendo aplicar un clásico programa expansivo-populista como los que antaño solía realizar el peronismo, llevó adelante un virulento cambio de banderas. Con ello, lo que parecía esperable, el “salariazó”, se convirtió en la sorpresa del “ajuste”. Igualmente con todo, Menem tuvo una primera experiencia exitosa en términos de estabilización macroeconómica que le permitió una notoria ratificación electoral en 1995 y con ello conseguir su reelección presidencial. Así, su segunda presidencia no terminó en forma anticipada ni con revueltas sociales como en los otros casos mencionados (donde el apoyo sindical y de los gobernadores que obtuvo por provenir del peronismo fue vital para ello), aunque debemos decir que los efectos del programa económico fueron

igual de dañinos para la población como el de las otras experiencias: la pobreza subió, bajaron los salarios, creció el endeudamiento, se primarizó la estructura productiva, las economías regionales fueron castigadas, el desempleo tocó niveles record y el mercado interno fue fuertemente desprotegido.

Por todo lo repasado, entonces, vuelve a ser vital entender cómo funcionan las experiencias neoliberales en la Argentina reciente de la democracia. Es por ello todavía más interesante estudiar los casos de aquellos gobiernos que provienen de partidos no peronistas, como son tanto la Alianza como el actual gobierno de Cambiemos. En función de tales objetivos, este trabajo se dividirá en tres partes. La primera, buscará comparar la arquitectura de ambas experiencias de derecha, su poder institucional y el rol jugado por la oposición en cada caso. En la segunda, se dará lugar al análisis de sus programas económicos y las dinámicas que han conllevado para el primer año de gestión. En la tercera parte se abordarán las pautas políticas, electorales y sociales de ambos gobiernos una vez entrado en su segundo año de gobierno. Finalmente, este escrito cerrará con algunas reflexiones al respecto.

### **La Alianza y Cambiemos: sus actores, su poder institucional y la oposición**

La Alianza y Cambiemos son dos formulas político-electorales que llegaron a la presidencia de la Argentina a través de derrotar al peronismo en elecciones limpias y democráticas. En el caso de la Alianza, fue una coalición formada por la Unión Cívica Radical (un centenario partido moderado y cercano a la socialdemocracia europea) y el Frepaso (un partido de centroizquierda que se había conformado al nacer la década de 1990 contra el giro promercado que implicó la conducción de Menem en el peronismo). La Alianza pareció conformarse primeramente como una unión más o menos simétrica entre sus dos integrantes, aunque esto lentamente fue mutando: en las elecciones de 1997 la UCR se quedó con casi dos tercios de las bancas conseguidas por la Alianza y al año siguiente se impuso en la interna de la coalición para conquistar la candidatura presidencial. Además, en las elecciones de 1999 el Frepaso perdió la chance de ganar la provincia de Buenos Aires cuando Graciela Fernández Meijide fue derrotada por Carlos Ruckauf. Con ello, la UCR se quedó con el premio mayor, y sin comparación, de poner al presidente en un país con una larga tradición presidencialista y dejar al Frepaso con un poder institucional muchísimo menor al primeramente pensado, por lo que rápidamente se desdibujó la ilusión de paridad entre ambas fuerzas, ya que en el gabinete los frepasistas quedaron notoriamente relegados: sólo tuvieron dos ministerios de un total de diez, ocho secretarías (de 42) y cuatro subsecretarías (de 58) (Ollier, 2001: 159). Así, con todo esto, el radicalismo logró hegemonizar sin muchos problemas la coalición y disminuir

progresivamente el rol del Frepaso en el gobierno.

Por su parte, debemos decir que la Alianza fue una coalición que originalmente buscó tener un sesgo de centroizquierda y de perfil progresista asentada sobre figuras como Chacho Álvarez, Raúl Alfonsín, Graciela Fernández Meijide, Rodolfo Terragno y Aníbal Ibarra. Empero, desde el vamos la arquitectura con la que se diagramó estuvo muy mal concebida: la fórmula presidencial quedó en manos del que había sido intendente de la ciudad de Buenos Aires, Fernando de la Rúa, un radical con muy leves contactos con la estructura partidaria de la UCR (lo que daba más incentivos a la competencia con aquellos que a la cooperación) y por el frepasista Carlos "Chacho" Álvarez como vicepresidente (este último, si bien era el jefe y la figura más representativa de su partido, había construido su carrera política sobre la base de estrategias de acción individual, sin consultar sus medidas con otros espacios y tenía un peso político propio muy alto). De este modo, la relación entre el presidente y su vice estuvo plagada de disputas por protagonismo entre uno y otro, con criterios opuestos en muchos casos con respecto de cómo se debía proceder, amén de que De la Rúa había asumido la presidencia del país por la unión de dos partidos a los cuales no controlaba pero con los que debía convivir y que más bien los sufría como estorbos que lo limitaban, por lo cual tendió a rivalizar con ambos jefes partidarios (tanto con Alfonsín como con Álvarez) y a ensayar una y otra vez estrategias de repliegue en su entorno personal, puesto que la Alianza se había conformado sin tener un líder claro ni tampoco mecanismos para resolver los conflictos ante situaciones que crearan divergencias de criterios entre sus conductores. Es así que la convivencia entre el presidente y su vice duró apenas diez meses y De la Rúa luego le cerraría cada vez más el paso tanto al radicalismo como al Frepaso en el rumbo del gobierno, aislándose así de las fuerzas que lo encumbraron. Con esto, las disputas internas y las peleas por el liderazgo dentro de la Alianza en poco tiempo hicieron que se adueñara de la coalición el sector más conservador y de derecha del espacio, concentrado primero por De la Rúa y luego más férreamente por Domingo Cavallo, por lo que el programa aliancista no fue otra cosa que una aplicación sistemática de medidas de corte neoliberal y de derecha (Novaro, 2004; Dikenstein y Gené, 2014; Zícarí, 2016c, 2016d).

En el caso de Cambiemos, también es una coalición encabezada por un ex intendente de la Ciudad de Buenos Aires como es Mauricio Macri y en la cual el radicalismo ocupa un rol destacado, siendo el partido mejor estructurado y mayor, sobre todo en el armado legislativo y territorial<sup>1</sup>. Sin embargo, los otros socios de Cambiemos no son el Frepaso ni algunos Partidos Socialistas

<sup>1</sup> El radicalismo, además de la Alianza y Cambiemos, ya había formado anteriormente de otras dos coaliciones liberales: una primera vez bajo la Concordancia durante la década de 1930 y una segunda con la Unión Democrática en 1946.

como era en el caso de la Alianza, sino que lo conforman el Pro (Propuesta Republicana) y la Coalición Cívica (CC) de Elisa Carrió, los cuales, a pesar de ser partidos menores y muy acotados territorialmente (sólo son fuertes en la Ciudad de Buenos Aires, algunos municipios bonaerenses y en algunas ciudades del interior) son los que comandan esta coalición. Por su parte, la fórmula presidencial en esta oportunidad no fue hija de una negociación o del intento de buscar algún tipo de equilibrio entre los distintos partidos integrantes de Cambiemos, sino que fue totalmente acaparada por el Pro y en la cual Mauricio Macri es el líder indiscutido del espacio, por lo que hasta ahora esta coalición no parece tener disputas de peso respecto de los criterios para tomar las decisiones o quién la conduce como era en el caso de la Alianza: ahora el orden interno se mantiene de un modo menos corrosivo y sin el poder autodestructivo del tipo de conducción que De la Rúa ofreció. En otro orden, Cambiemos parece tener una homogeneidad ideológica y programática mucho mayor a la de la Alianza, ya que la coalición además de estar encabezada por el Pro (un clásico partido de derecha)<sup>2</sup>, fueron los sectores del radicalismo más abiertamente neoliberales y de derecha los que promovieron la unión (sectores conducidos por Ernesto Sanz, Gerardo Morales y Oscar Aguad) y no el ecléctico magma de la UCR que Alfonsín aglutinó en la otra oportunidad. Igualmente, es necesario señalar que a pesar de que el aporte del radicalismo en la estructura y conformación de Cambiemos es muy importante, es el partido más relegado en la toma de decisiones y espacios de poder, invirtiéndose lo que ocurrió con la Alianza: de los 20 ministerios que conforman el gobierno nacional, sólo cuenta con tres cargos (Defensa, Comunicaciones y Agricultura), cuando los CEOs y gerentes de empresas multinacionales sin vinculación partidaria alguna ocupan cinco ministerios, nueve los provenientes netamente de la cantera del Pro y los otros cuatro de origen heterogéneo.

Ahora bien, y más allá de estas diferencias, no debemos olvidar que los actores, líderes y constructores de ambas coaliciones son exacta y peligrosamente los mismos en algunos casos (entre los elencos compartidos se encuentran entre otros Patricia Bullrich, Elisa Carrió, Federico Sturzenegger, Hernán Lombardi y Horacio Rodríguez Larreta), los cuales son y fueron parte tanto de la Alianza como de Cambiemos. No sorprende para nada que Cavallo en un acto de reminiscencia sobre sus excompañeros haya declarado que “Mauricio Macri tiene el mejor equipo para gobernar” (*La Nación* 12/03/2015) y que De la Rúa hubiera opinado igual “yo lo voté a Macri y estoy contento” (*El Destape* 16/04/2016).

Respecto del poder institucional, Cambiemos registra una clara deficiencia en todos los niveles del poder del Estado en relación con la Alianza, siendo un gobierno mucho más precario y débil institucionalmente que el que enca-

<sup>2</sup> Sobre las características del Pro, ver Vommaro, Morresi y Bellotti, 2015.

bezó De la Rúa (el cual ya de por sí fue inicialmente muy precario y débil). Por empezar, vale la pena tener presente que la Alianza logró alcanzar la presidencia del país en la primera vuelta electoral y con una buena distancia del segundo (triunfó con el 48,37% contra 38,27% del PJ), lo que permitió que esta coalición se impusiera con un “consenso afirmativo” y prácticamente mayoritario con sus propios medios. Un caso diferente fue el de Cambiemos, ya que esta coalición accedió a la presidencia del país siendo la segunda minoría electoral (obtuvo en las elecciones generales el 34,15% frente al 37,08% del FPV) y debió afrontar un balotage muy parejo para revertir el resultado previo (Macri logró el 51,34% de los votos contra el 48,66% de Scioli). Con esto, Cambiemos demostró que no contaba con un “consenso positivo” propio, sino que fue elegido como “mal menor” (construyó un “consenso negativo” frente a la otra opción) lo que incuba uno de los problemas más graves que los especialistas en balotages suelen señalar para los casos en que se revierte el resultado de las elecciones generales: si el resultado entre la primera y la segunda vuelta se invierte, en general los presidentes triunfantes logran una legitimidad que puede ser ilusoria, precaria y muy inestable, ya que se suele generar la sensación de tener un consenso o ser una mayoría de la que en realidad carecen, por lo que los problemas de gobernabilidad tienden a agrandarse más que a quedar de lado. Los ejemplos de todos aquellos casos en los cuales un candidato logró revertir el resultado en un balotage demuestra que en la mayoría de los casos derivaron en crisis y desgobierno, agravado esto último cuando los partidos que acceden a la presidencia en estas condiciones son nuevos y muy poco estructurados como es el caso del Pro o Cambiemos (Pérez Liñan, 2008)<sup>3</sup>. En función de esto, varios de los problemas que se generan por existir un “desacople” entre quien resultó presidente sin haber logrado un respaldo mayoritario o sin ser si quiera la primera minoría y los otros poderes institucionales conquistados es muy grande, por lo cual Cambiemos tiene muchas más complicaciones y debilidades que las que tuvo la Alianza. Por ejemplo, respecto del poder provincial y territorial, la Alianza contó con el control de ocho provincias (siete en manos de los radicales -Mendoza, Río Negro, Chaco, San Juan, Entre Ríos, Catamarca y Chubut- y un distrito a cargo de los frepasistas -la Capital Federal-) mientras que Cambiemos lo hace tan sólo con cinco de los veinticuatro distritos del país (tres a cargo del radicalismo -Jujuy, Mendoza, Corrientes- y dos a cargo del Pro -Buenos Aires y la Capital Federal-). Su control del territorio y de la población, son más endebles e implican más dificul-

<sup>3</sup> Es necesario tener en cuenta que una diferencia no menor es que la Alianza se conformó en 1997 y accedió al gobierno en 1999, por lo que tuvo dos años para ensayar una convivencia entre sus bloques legislativos y en la conformación de un programa. En el caso de Cambiemos, esta coalición se formó de improviso el mismo año en que llegó a la presidencia (2015), lo que podría implicar problemas de coordinación y de aprendizaje colectivo, amén de que el Pro es un partido muy joven, con poca vida y experiencia de gobierno.

tades para tener un buen vínculo con los gobernadores (y con ello, para llevarse a cabo las difíciles reformas fiscales, electorales y de coparticipación que Macri pretende introducir)<sup>4</sup>.

Con vistas al poder parlamentario, aquí la cosa es peor. La Alianza tuvo 119 diputados propios (83 de la UCR y 36 del Frepaso), sin tener mayoría ni tampoco quórum propios en la Cámara y fue seguida muy de cerca por el peronismo, que tuvo 100 diputados. Para el caso de Cambiemos, éste tiene sólo 92 diputados propios (43 de la UCR, 41 del Pro, 4 de la Coalición Cívica y 3 de otras fuerzas) mientras que el peronismo es la primera minoría con 114 diputados. Es decir, otra clara debilidad respecto de la Alianza. Ello obliga y limita a Cambiemos a tener que buscar amplios consensos, a imponer una alta disciplina en sus tres bloques (tanto en el del Pro, la UCR como en la CC) y a apelar a realizar alianzas con otros sectores y espacios políticos por fuera de los suyos (como los partidos provinciales, el Socialismo o el Frente Renovador de Sergio Massa; este último tiene 41 diputados) si quiere tener suerte en la Cámara Baja.

En el Senado, las dos coaliciones (tanto la del modelo 2001 como la del 2015) quedaron en minoría y merced al peronismo: la Alianza tuvo 21 senadores (20 de la UCR y uno solo del Frepaso) cuando el PJ tuvo 36, mientras que Cambiemos tiene sólo 16 senadores propios (9 por la UCR, 5 por el Pro y 2 por la CC) y el peronismo ahora 44. Como vemos, el débil y estrecho control legislativo que tiene, no le permite a Cambiemos tener un cheque en blanco para aprobar ninguna ley y mucho menos para manejar con holgura cuestiones clave en línea con el programa neoliberal que busca llevar a cabo (como la privatización de algunas áreas del Estado, la flexibilización laboral o aplicar ajustes salvajes). Aunque con todo, debemos decir que Cambiemos hasta ahora, ha logrado hacer aprobar todas las medidas legislativas importantes que propuso (como el pago a los *hold out*, el blanqueo de capitales, la ley para recalcular el pago a los jubilados y la designación de los dos nuevos miembros de la Corte Suprema), algo similar a la Alianza que también logró hacer aprobar sus principales medidas a pesar de tener un débil poder legislativo (como los recortes en las asignaciones de la coparticipación provincial, la reforma laboral, el déficit cero, los “superpoderes” de Cavallo y el estado de sitio). No obstante, Cambiemos tuvo dificultades prontas cuando la oposición

<sup>4</sup> Por supuesto que no se puede descuidar el poder diferencial a favor de Cambiemos respecto de la Alianza que implica para el primero tener la gobernación de la provincia de Buenos Aires, que es el distrito más grande e importante del país. Sin embargo, ello no es suficiente para asegurar la gobernabilidad. Como tempranamente advirtió el titular del PJ bonaerense, Fernando Espinoza, casi como una amenaza: “Si explota el Conurbano, salta Macri y a la gobernadora [Vidal] le va a costar” (*El Cronista* 30/03/2016). Una amenaza similar había recibido en 2001 Fernando de la Rúa por parte del intendente peronista de Merlo, Raúl Othacehé: “si el PJ quiere, De la Rúa cae en 12 horas” (*El Sol* semana del 20 de mayo al 5 de junio de 2001, p. 6.).

se unificó y logró aprobar una ley para suspender los despidos laborales durante seis meses (ley que inmediatamente el presidente Macri se encargó de vetar), fracasó también en su idea de reformar el Ministerio Público Fiscal para deponer a la procuradora Alejandra Gils Carbó y debió renegociar más de una vez el presupuesto para 2017, los cambios en la boleta electoral y en la ley de participación Público-Privado para las inversiones.

En esta misma dirección, vemos entonces que la relación con la oposición es fundamental, ya que de ello depende para ambas coaliciones la viabilidad legislativa y parte de la gobernabilidad. Para el caso de la Alianza, ésta tuvo inicialmente un terreno político con la oposición que considero fácil: el grueso de los partidos con los cuales rivalizaba eran débiles o estaban fragmentados. Por un lado, porque el peronismo estaba en guerra interna entre menemistas y duhaldistas, existían tres gobernadores en las provincias grandes con mucha visibilidad y competencia entre sí (Ruckauf, Reutemann y De la Sota en Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba respectivamente) y los gobernadores del Frente Federal (Kirchner, Rodríguez Saá y Puerta) eran una opción más en la disputa peronista, mientras que Cavallo parecía encerrado en un juego propio. Sin embargo, en breve todo cambió y a De la Rúa le fue imposible atender a tantos actores (sólo pudo pactar con Cavallo y algo con Menem), pero fue devorado por la interna peronista. Es decir, frente a la oportunidad de enfrentar a una oposición dividida y con tendencia a la atomización -y por ende, la facilidad de dominar la escena sin sobresaltos-, la Alianza descuidó el peligro que implicaba tener una alta multiplicidad de rivales, que la obligó a atender a cada uno de ellos para negociar y verse envuelta finalmente con sus acciones en un mar de contradicciones sin llegar con eso a ningún puerto firme: lo que se ganaba al acercarse a algunos grupos, se perdía también al tener que enfrentarse entonces abiertamente con otros, acrecentando los frentes en conflicto y terminando por ser devorada por todos (Arzadun, 2004; Novaro, 2004; Zícari, 2016b).

En el caso de Cambiemos parece repetirse un escenario muy parecido. El peronismo entró primeramente en una etapa por la disputa de su liderazgo, en la cual despuntaron tres tendencias claras. Por un lado, el sector más férreamente kirchnerista, en el cual la expresidenta Cristina Fernández parece conducir y tener todavía buena recepción en las encuestas. Por otro lado, se encuentran los grupos más tradicionales, conservadores, pejetistas y de centroderecha del partido que tienen en el gobernador de Salta, Juan Uturbey, un líder en ascenso. Mientras que, en tercer lugar, está el sector de Sergio Massa y de De la Sota que buscan hacer mella y encarrillar al peronismo detrás de sí. Todos estos actores, en principio dispersos, pueden entrar en un juego de confrontaciones y alianzas bastante complejo, el cual parece ser inofensivo en esta primera etapa, pero su dinámica podría llegar a complicar excesivamente a Macri y a envolverlo en un torbellino del cual

no sepa fácilmente cómo salir. Algo similar a lo que le ocurrió a De la Rúa y la Alianza en 2001. Por todo esto, las lecciones de la historia y sus similitudes es algo que no se puede descuidar fácilmente.

### **Los programas de gobierno: de la política a la economía**

*Y tu cabeza está llena de ratas,  
te compraste las acciones de esta farsa,  
y el tiempo no para...*

*Yo veo al futuro repetir el pasado,  
veo un museo de grandes novedades*

Cazuza, Hanoi y Ashman

Para acceder al gobierno las dos coaliciones aquí estudiadas hicieron campañas electorales con promesas vagas, sin prometer cosas concretas, despolitizando su discurso y ocultando gran parte de sus planes. Así, tanto la unión UCR-Frepaso como la unión UCR-Pro-CC anclaron sus banderas en pos de los valores republicanos, el respeto por las normas y la división de poderes: los emblemas discursivos de sus propuestas estuvieron centrados sobre la renovación, la necesidad de cambios, la alternancia y en generar una “nueva política”. Es llamativo al respecto cómo ambas coaliciones tuvieron un discurso peligrosamente ambiguo y vacío (con eslógans del tipo “Somos más” para la Alianza y “Vamos juntos” para Cambiemos).

Sin embargo, más allá de los eufemismos electorales, los programas efectivos de ambas coaliciones no parecen ser muy distintos y refieren básicamente a los mismos componentes: ajustes, flexibilización laboral, endeudamiento, recorte del gasto en las áreas de educación, salud y la asistencia social, relación privilegiada con el FMI y el capital financiero, cercanía con los Estados Unidos, doctrina neoliberal, acciones privatistas en todo lo que se pueda, un Estado al servicio del capital concentrado y la repetición hasta el hartazgo de las recetas económicas ortodoxas. Con ello, en ambas coaliciones parece insistirse en un esquema bastante similar: las altisonantes promesas para construir una mejor República y sanear la política lentamente se desplazan hasta concentrarse íntegramente en atender los malos resultados que sucesivamente se obtienen en el terreno económico. Así, el *leitmotiv* de mejora institucional de ambas coaliciones a pesar de lo atractivo e importante que es, termina por ser reducido únicamente a perseguir y a alentar causas judiciales contra los funcionarios de la gestión peronista previa y a focalizar su accionar político en temas vinculados con la “corrupción”. La Alianza apenas asumió creó una rimbombante “Oficina Anticorrupción” y apuntó sus cañones a los casos emblemáticos de María Julia Alsogaray y Carlos Alderete, a los cuales logró apresar en apenas meses, mientras que tiempo después llevó tras las rejas al expresidente Menem, a lo que De la Rúa decla-

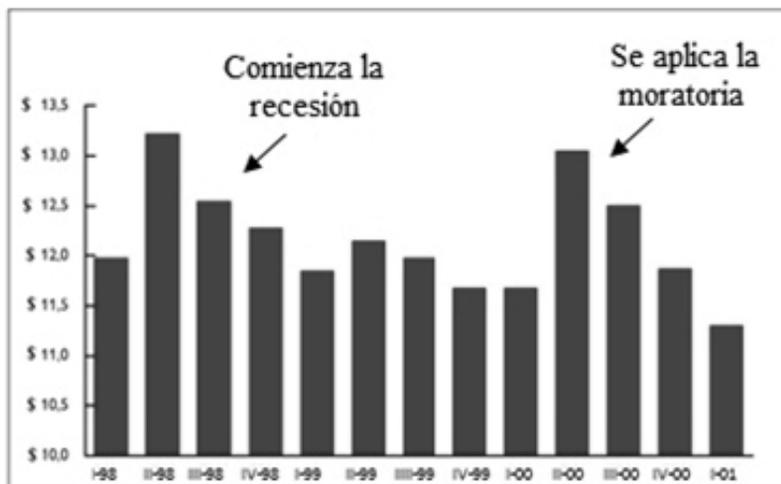
raría cuando ocurrió esta última acción como “el inicio de un ciclo de saneamiento económico y moral” y una demostración de que con su gobierno “no rigen más los pactos de impunidad” (*Clarín* 09/06/2001). Durante el gobierno de Cambiemos ocurrió algo similar: alentó causas para que la expresidenta Fernández de Kirchner declare en juzgados y eventualmente resulte detenida, encarceló al empresario símbolo del kirchnerismo Lázaro Báez e hizo un festín de publicidad con el caso de José López y los bolsos llenos de dinero que intentó enterrar en un convento. Empero, la caza de brujas y los encarcelamientos finalmente tuvieron sabor a poco para ambas coaliciones, puesto que las causas de corrupción más importantes se volvieron un *boomerang* potencialmente destructivo para sendos gobiernos: la Alianza con la sospecha de pago de sobornos en el Senado apagó muy rápido la llama de la transparencia, mientras que Cambiemos tiene causas judiciales crecientemente explosivas en sus propias filas: el presidente Macri aparece vinculado en casi una decena de cuentas bancarias de los “Panamá Papers”, mientras que su vice, Gabriela Michetti, está teniendo muchos problemas para explicar los fondos administrados por la ONG que dirige (la Fundación Suma). En consecuencia, sólo basar la gestión política de gobierno sobre causas ligadas con el tema “corrupción” resulta débil para mantener altos los niveles de apoyo en las encuestas, con lo cual si bien puede resultar un tema efectivo para llegar al gobierno, no parece serlo para mantenerse en él, como también es algo que factiblemente se vuelva algo peligroso y de inciertas consecuencias para aquellos gobiernos que hacen de ello su principal ítem de gestión. Así, más temprano que tarde, el plan de acción abandona la etapa de “purgas” porque es una espuma que crece mucho al principio pero que pierde fuerza por su debilidad intrínseca: los encarcelamientos y judicializaciones no son acciones posibles de mantener en el tiempo (y porque por más que lo hagan, resultan insuficientes para mantener el apoyo político mayoritario de la población), por lo que el grueso de la gestión termina por concentrarse indefectiblemente sobre los resultados que pudieran obtenerse en el terreno económico. En función de esto, tratemos de analizar entonces qué hicieron ambas coaliciones en dicho terreno.

La Alianza, como dijimos, se había presentado como una coalición progresista y con perfil de centroizquierda. Empero, el gobierno de De la Rúa apenas asumió lanzó el paquete de medidas conocido como “impuestazo”, lo cual fue un duro golpe a los ingresos de los sectores medios, un castigo contra el consumo, las jubilaciones y los salarios estatales. No obstante esta medida de neto corte recesivo, se pensó que expandiría la economía, algo similar a lo que dicen en Cambiemos hoy. Como dijo el secretario de Hacienda Mario Vicens por aquel entonces, “el ajuste fiscal es el único camino para reactivar la economía” (*Clarín* 10/12/1999). Además, desde la banca local y el FMI se dio un fuerte apoyo al paquete de ajuste aliancista, ya que lo consideraban

como un plan de estímulo positivo porque con él “se baja el riesgo país y así las tasas de interés, lo que ayuda a reactivar la economía” (*Clarín* 30/01/2000). El mismo subgerente del FMI, Stanley Fischer, felicitó al gobierno por sus decisiones: “Estoy muy impresionado por el paquete de medidas del gobierno argentino” (ib.). Precisamente, el gobierno de la Alianza entendía que si “hacia los deberes” y lograba establecer un programa acorde con el *establishment* económico, los organismos de créditos internacionales y el empresariado, el horizonte brumoso podría desvanecerse, la tranquilidad se podría asegurar y las ayudas externas tonificarse puesto que habría un gobierno responsable dispuesto a hacer “lo que había que hacer”. Confiado con este diagnóstico de que el ajuste era la mejor manera de expandir la economía, el ministro de Economía Machinea celebró sus acciones e inmediatamente declaró: “la recesión terminó [...] [en 2000] el crecimiento económico no será en ningún caso inferior al 4 %” (*Clarín* 06/01/2000).

Sin embargo, el clima de celebración duró muy poco y la situación económica demostró complicarse tras el brutal ajuste inicial, por lo que volvieron a repetirse las medidas: la Alianza aplicó otro ajuste en febrero y no renovó los contratos laborales de 18.000 empleados públicos a la par que sancionó la jubilación forzosa para otros miles (*Clarín* 08/02/2000); en mayo de 2000 hizo exactamente lo mismo: implementó otra poda fiscal por la cual los salarios y jubilaciones de aquellos que ganaran más de mil pesos se descontarían entre un 12% y un 20%, al tiempo que aplicó la cesantía de otros 10.000 trabajadores más, quitó los subsidios a las economías regionales y redujo el presupuesto en las universidades públicas (*Clarín* 28/05/2000). Los resultados de estos tres ajustes en apenas seis meses de gestión tuvieron resultados dispares. Desde el sector financiero, las acciones del gobierno fueron celebradas nuevamente apenas se hicieron los primeros anuncios al respecto, con lo que subió la Bolsa un 7,5% y disminuyó el riesgo país. El presidente del Banco Río, Enrique Cristofani, declaró: “El ajuste es una muy buena señal, porque indica que el gobierno va a cumplir con las metas fiscales y a diferencia del impuestazo, esta vez el ajuste va a caer sobre el Estado y no sobre el sector privado” (*Clarín* 31/05/2000). Como también recibió otro espaldarazo por parte del FMI ratificando que el gobierno iba por el buen camino. Sin embargo, también le implicó al gobierno un paro general por parte de ambas CGT (tanto la CGT “rebelde” conducida por Hugo Moyano como la CGT “oficial” de Rodolfo Daer) y de la CTA. Además, una docena de diputados oficialistas rompieron con la Alianza y pasaron a las filas de la oposición (como fue el caso de Elisa Carrió y Alicia Castro, entre otros). Así, en pos de evitar nuevas sangrías en la coalición el presidente De la Rúa al lanzar el ajuste de mayo se mostró comprensivo y aclaró que “este es el último esfuerzo que se les pida a los argentinos” (*Clarín* 28/05/2000). Por supuesto, como era de esperarse y a pesar de las promesas, los ajustes no revirtieron la caída económica, la situación social ni los niveles de desem-

**Gráfico 1.** Recaudación trimestral del sector público nacional en miles de millones de dólares (I: 1998 – I: 2001)



Fuente: BCRA.

pleo, sino que todo empeoró, inclusive la recaudación fiscal que había sido el principal objetivo a atender por parte del gobierno cayó fuerte (se había lanzado una moratoria fiscal en mayo de 2000 que sólo hizo crecer la recaudación muy poco para luego comenzar a desmoronarse a toda velocidad junto con la economía al inicio de 2001) (**gráfico 1**). Por ello el gobierno realizó otro ajuste más en noviembre cuando logró hacer aprobar el presupuesto para el año 2001 con algunos recortes.

Si el primer año de gobierno de la Alianza fue realmente malo en materia económica, 2001 resultaría mucho peor. Primero, porque al arrastre recesivo, la caída fiscal, la del consumo y la de la inversión que ya se venían sufriendo -todos aspectos que se reforzaron por las medidas de “austeridad” tomadas por los aliancistas-, se sumó también la crisis de la economía turca en febrero de ese año, lo que llevó a la situación argentina frente a las cuerdas. Ante este panorama, De la Rúa puso fin a la gestión de Machinea en marzo de 2001 para radicalizar la apuesta neoliberal detrás de López Murphy como nuevo ministro de Economía, quien no dudó en aplicar una vez más el clásico recetario ortodoxo en forma salvaje e intentó un nuevo ajuste por dos mil millones de pesos en el Estado. Sin embargo, por la brutalidad del tipo de ajuste propuesto por López Murphy, éste duró en su puesto sólo dos semanas y fue reemplazado por Domingo Cavallo (Zicari, 2014b). Cuando Cavallo retornó al gobierno, lo hizo con la promesa de que con él “la

Argentina podrá crecer el 10 por ciento en 2001" (*La Nación* 30/11/2000). No obstante sus anuncios, en poco tiempo el padre de la convertibilidad aplicó un duró "tarifazo" que volvió a castigar el ingreso de los sectores asalariados para congraciarse con el gran capital, acercarse a los países centrales con inversiones en las empresas de servicios públicos privatizados, por lo que se autorizaron aumentos para los servicios de luz, gas, teléfonos, televisión por cable, transporte y trenes (*Clarín* 02/05/2001; 10/05/2001; 17/05/2001), a la par que se aplicó un impuesto a las transacciones financieras que subió tres veces en dos meses su alícuota, se generalizó el IVA (*Clarín* 03/05/2001; 20/06/2001) y se hicieron recortes en la Agencia Nacional de Seguridad Social (ANSeS) (*Página 12* 28/04/2001; 05/04/2001; *Clarín* 05/05/2001). Todo ello, como era de esperarse, tampoco bastó sino que contribuyó al derrumbe económico, por lo que el camino tomado del ajuste permanente fue de mal en peor y las que eran sus metas centrales devolvieron resultados exactamente contrarios a los buscados: el déficit fiscal se agravó por la caída de la actividad, lo que aumentó la desconfianza financiera, se disparó el riesgo país, se fugaron capitales y las reservas del Banco Central cayeron. Así, con una economía al borde del colapso total el gobierno -increíblemente y sin cambiar de estrategia a pesar de los pésimos resultados obtenidos- se lanzó a aplicar otro ajuste más en julio de 2001 (el séptimo en apenas 15 meses de gestión), conocido como "déficit cero", ajuste con el que se bajaron otra vez los salarios estatales y jubilaciones un 13%, se redujeron los presupuestos de salud, educación y asistencia social con el sólo fin de transmitirle "confianza" a los acreedores del Estado y mostrar compromiso con el pago de la deuda. Con ese extraño placer y fanatismo de asociar "ajustes" con "seriedad", y como ocurrió antes, este nuevo recorte volvió a ser apoyado por la banca y el FMI, que no se cansaron de indicar que iban por el "camino correcto" (*La Nación* 17/07/2001). John Taylor, subsecretario del Tesoro norteamericano, se entusiasmó también con este séptimo ajuste: "El programa de déficit cero es impresionante y por eso el Fondo debe desembolsar el dinero pendiente" (*Clarín* 31/07/2001). La historia, igualmente, es conocida: por los brutales ajustes, a los pocos meses de aplicarse la ley de "déficit cero" el gobierno recibió una sonora derrota electoral en las elecciones de octubre, en las que el "voto bronca" se impuso en varios distritos, a la par de que el peronismo triunfó en todo el país: el programa neoliberal demostró que era inviable para la población que lo rechazó duramente en las urnas, mientras que como consecuencia de la desconfianza política que causó y de la caída económica que se estaba produciendo, el gobierno impuso al comenzar diciembre el "corralito" financiero para evitar que los depósitos bancarios continuaran saliendo del sistema. De este modo, ya sin apoyo popular, político, electoral ni institucional y con la economía explotando por doquier, se produjeron los saqueos y alzamientos populares que terminaron con la experiencia neoli-

beral de la Alianza en diciembre de 2001<sup>5</sup>.

El programa económico inicial de Cambiemos no ha sido hasta ahora exactamente igual al de la Alianza, aunque sí ha tenido muchas coincidencias y resultados similares al del primer año de gestión de aquella. En principio esto se debe a que los objetivos y diagnósticos no son los mismos en uno y otro caso. La Alianza había fijado como su principal meta asegurar la paridad de tipo del cambio fijo de la convertibilidad (con la cual un peso argentino equivalía a un dólar estadounidense) y en pos de ello apostó todo su programa a ganar la “confianza” del gran capital para continuar con el endeudamiento estatal y también para alentar las inversiones que permitieran que la economía creciera. Para Cambiemos el horizonte es otro, ya que por un lado lo que busca es atacar fuertemente la inflación (un tema con el que la Alianza no lidió) y por otro ganar la confianza del sector privado local y externo con vistas a hacer crecer la economía vía inversiones (algo sí muy similar al objetivo trazado por la Alianza). De este modo, el programa inicial de Cambiemos fue prácticamente un calco de otras experiencias ortodoxas en el país, en lo que buscó emular abiertamente lo realizado tanto por Frondizi como por Krieger Vasena: devaluó fuertemente la moneda (el dólar pasó de 10 pesos a 15), aplicó recortes en el Estado (hasta ahora sólo no renovó los contratos de algunas decenas de miles de trabajadores y redujo el dinero en algunas partidas, sin ser ello en principio una poda descomunal pero que por la subejecución presupuestaria el recorte crece mes a mes), hizo varios intentos por implementar un agresivo “tarifazo” (el cual, a través de distintos esquemas, las tarifas de servicios públicos aumentarían entre el 200% y el 900%) y adoptó un discurso claramente proempresario. Respecto de la política antiinflacionaria, las medidas implementadas completaron el cuadro anterior: se subieron mucho las tasas de interés (las letras del Banco Central llegaron a pagar casi un 40% anual), se abrió la economía con el fin de disciplinar los precios internos vía aumento de la competencia externa y se aplicó una política monetaria contractiva. El objetivo de fondo de este programa, según sus promotores, al igual que todos los que se aplicaron en la misma dirección por otros gobiernos, fue el de sanear la economía y producir un “sinceramiento” económico de una situación que se diagnosticaba como “insostenible”. Además, como no podía ser de otro modo, el gobierno de Cambiemos y su programa económico contó con un alto apoyo del FMI. Así, de manera muy parecida a cómo festejó el FMI las primeras medidas de la Alianza, con el caso de Cambiemos el panorama parece entonces repetirse. Como dijo Oya Celasun, jefa de la División de

<sup>5</sup> Para un análisis de las principales medidas económicas tomadas por la Alianza durante 2001 y de la dinámica macroeconómica ver, Zicari (2014a; 2014d), para un abordaje de las implicancias políticas del resultado electoral de ese mismo año (Vilas, 2001; Zicari, 2014c; 2016e).

Estudios Económicos del FMI después de evaluar los pasos iniciales del programa macrista, augurando que el crecimiento próximo llegaría por el camino del ajuste: “creemos que estas reformas están reforzando la confianza y la capacidad productiva de la economía en el tiempo y esperamos que el crecimiento vuelva a estar cerca del 3% en 2017” (*La Nación* 13/04/2016). Sin embargo, a pesar de los auspicios que prometían una “revolución de la alegría”, las consecuencias inmediatas del plan macrista fueron exactamente iguales a las que recibieron todos los gobiernos argentinos que aplican programas ortodoxos: cayeron los salarios, aumentó la pobreza, produjo una recesión, subió el desempleo, se generó concentración económica, castigó a las economías regionales, hubo transferencias de ingresos desde los sectores asalariados a los empresariales, el mercado interno quedó desprotegido y dañado, bajó el consumo, se beneficiaron los grupos agroexportadores y la inflación tuvo una brusca aceleración inicial.

En líneas generales puede decirse que la estrategia de estabilización económica de Cambiemos es de raigambre neoliberal y que se aplicó sobre la base de dos supuestos. El primero de ellos, tiene que ver con que se diagnosticó que las dificultades de comercio exterior se debían a un tipo de cambio atrasado y a las trabas que sufrían los sectores tradicionalmente proveedores de divisas (por lo que se devaluó y se quitaron o redujeron las retenciones para reparar dichos problemas), sin contemplar la profunda crisis de la economía mundial y de los países a los cuales la Argentina destina sus exportaciones (como son la brutal recesión de Brasil y de Europa, sumadas a la notoria desaceleración de China). Así las exportaciones no sólo no tuvieron un repunte excepcional como se auguró (sólo se liquidaron *stocks* acumulados de años anteriores), sino que por la rampante recesión mundial, nuestro país -según admitió el mismo ministro Prat Gay en su presentación del presupuesto para el año próximo- tendrá un déficit comercial en 2017, especialmente porque con la apertura económica las importaciones crecieron a todo motor: las cantidades importadas aumentaron entre un 26% y un 700% según cada sector en 2016 y, por ejemplo, a pesar de la quita de las retenciones, la minería contrajo sus ventas al exterior un 2% (*Página 12* 11/10/2016). Por todo ello, es fácil notar que la famosa “lluvia de dólares” vía comercial no se produjo ni se producirá y que tampoco las reservas del Banco Central están tonificadas, sino al contrario: al haber terminado con los controles de venta de divisas (conocidas como el “cepo cambiario”), el Central quedó más vulnerable y expuesto frente a eventuales corridas bancarias. En segundo lugar, se supuso que con “normalizar” la economía, bajar la inflación y “hacer lo que había que hacer” -al igual que la Alianza-, las inversiones se multiplicarían y esto sería suficiente para hacer crecer la economía, sin contemplar que en la Argentina -en un contexto como este- los cambios de tendencias del ciclo económico son muy difíciles de producir por el lado de la oferta si la demanda es totalmente descuidada como está ocu-

riendo, por ello es muy difícil quebrar la inercia contractiva de la recesión y pasar a la expansión del producto: el tarifazo y la devaluación hicieron subir mucho los costos de producción, el ajuste hizo caer la demanda y la política monetaria contractiva encareció el crédito, por ende se crearon muchos elementos contrarios a la inversión más que a favor de ella.

En este sentido, los resultados que está provocando la estrategia ortodoxa de Cambiemos son decepcionantes, ya que al agravamiento de la situación social y del crecimiento del desempleo, las derivaciones económicas una y otra vez confirman que la situación está yendo de mal en peor: el consumo de alimentos, la quiebra de empresas, las inversiones, la construcción y la producción fabril demuestran estar empeorando sin pausa y cada día parece más difícil que se pueda revertir lo que está pasando con estas variables. Siguiendo esta dirección, los objetivos básicos de política económica para 2017 son dos: bajar la inflación y reactivar la economía. Sin embargo, por la dinámica instaurada es prácticamente imposible atender a ambos objetivos a la vez -o acaso a alguno de ellos-, sobre todo si no se quiere descuidar la situación social, hoy en día muy cercana al límite de toda tolerancia. Por un lado, porque si se recrudece el cóctel recesivo y ortodoxo de política anti-inflacionaria aplicado, en el mejor de los casos la suba de precios el año próximo rondará en torno del 20% (cuando la inflación de 2016 será cercana al 40%), sin ser entonces un verdadero "logro" ni alejarse profundamente de los valores en los cuales la gestión de Cristina Kirchner dejó la dinámica de precios. En otras palabras, a pesar de todo el esfuerzo y las promesas realizadas, en este terreno será difícil anotarse un verdadero "éxito". Todavía más: el alza sostenida del desempleo demuestra no ser una consecuencia "indeseada" o no prevista de la política económica actual, sino más bien uno de sus objetivos: con la angustia de la desocupación, se espera disciplinar a los sectores obreros, perjudicarlos en la puja distributiva sin que reaccionen con fuerza y que negocien así sus paritarias en malas condiciones para que los salarios no "alienten" la inflación (por ello, un objetivo ligado con el programa macrista es llevar la desocupación del 5 al 15%). Por otro lado, si el gobierno priorizara el crecimiento económico para no enfrentar un año electoral con una economía estancada y en retroceso, lo que devendría clave para impedirlo es aumentar de manera fuerte el gasto público y -en parte- devaluar para compensar el atraso cambiario que generó la inflación inicial y para volver a alentar al complejo agroexportador. El problema con estas últimas medidas es que ellas, de implementarse, afectarán de lleno el avance de los precios, volviendo a hacer crecer la inflación y dejándola en un nivel igual o incluso superior al de los años kirchneristas: si se devalúa nuevamente, la suba del dólar inmediatamente afectará el sistema de precios y acelerará la inflación, en cambio, si se opta por aumentar fuertemente el gasto público para quebrar la recesión actual, el gobierno necesitará un superávit fiscal que hoy parece imposible de alcanzar, sino que ocurre todo lo contra-

rio: debido a la recesión la recaudación cae mes a mes y se ubica siempre por debajo de la inflación (además, el haber sacado y bajado retenciones implicó un fuerte desfinanciamiento fiscal, que cada día afecta más las finanzas estatales y ha llevado al presidente Macri a echarse a atrás y romper su promesa de seguir reduciendo dichos impuestos en 2017)<sup>6</sup>. Con todo esto, el epicentro de la famosa “herencia recibida” -el déficit fiscal- hoy es más grande que hace un año atrás. De este modo, si el equipo económico de Cambiemos se quejaba en 2015 de que un déficit fiscal del 2% era una “locura”, hoy en día sus palabras se les vienen encima: dicho número se ha más que duplicado en lo que va del año y es probable que aumente hacia 2017, amén de que el déficit externo también está creciendo por el aumento de las importaciones y porque las exportaciones no terminan de despegar. Como se ha comentado desde el banco inversor Morgan Stanley, “una de las mayores fuentes de preocupación entre los inversores es la gradual consolidación fiscal propuesta por el Gobierno: se prevé un déficit primario del 4,8% del PIB en 2016 y del 4,2% en 2017” (*La Nación* 30/09/2016).

Por otra parte, debemos decir que el camino escogido por el gobierno de Macri de hacer crecer la economía alentando las inversiones parece ser demasiado débil para detener los malos resultados obtenidos hasta ahora: en el “mini Davos”, el foro montado por el macrismo en septiembre de 2016 para convocar a grandes empresarios a invertir en el país, sólo se concentró en cuatro sectores (turismo, minería, energía e infraestructura). Ninguno de ellos genera suficiente mano de obra para quebrar la tendencia al desempleo ni a reactivar la economía. Si bien lo podrían hacer las inversiones en infraestructura, el presupuesto para ello es muy acotado para ganar la fuerza necesaria por la caída de la recaudación. En continuidad con esto, la estrategia de Cambiemos para resolver el alicaído frente fiscal, basado sobre anunciar una gigantesca moratoria y blanqueo de capitales (algo similar a lo que intentó la Alianza), no es una solución de fondo, ya que los ingresos extraordinarios de dicha acción sólo se perciben una vez, sin ser entonces una acción lo suficientemente poderosa para solucionar los problemas fiscales que el gobierno de Cambiemos provocó. Es decir, este terreno también parece darle la espalda al presidente Macri, cuando dicho terreno debería ser su

<sup>6</sup> La gigantesca transferencia de ingresos que representó poner fin y/o bajar las retenciones generó una concentración económica descomunal y privó al Estado de recursos esenciales para sostener sus actividades básicas. Sin embargo, las premisas de realizar esto fueron dos. Por un lado, se lo hizo bajo el supuesto de que -como se señaló- con ello se darían los incentivos para aumentar las exportaciones. Por otro, se dijo que sacar las retenciones sería una “ayuda” a favor de las economías regionales. Sin embargo, las economías regionales sólo explicaban un 3% de lo recaudado por retenciones en 2014, así castigadas por las subas de precios que implicó la devaluación y la apertura económica, la política económica de Cambiemos ha sido un duro castigo -paradójicamente-, contra ellas. Ver al respecto, Burgos (2016).

principal fortaleza: si bien los empresarios apoyan al macrismo con el corazón, le responden con la billetera: no invierten, compran dólares para girarlos al exterior; despiden trabajadores, en vez de producir bienes los importan, aplican suspensiones y cesantías laborales, reclaman más ajustes y que se reduzca el déficit fiscal pero no pagan los impuestos, piden que se acelere la baja de las retenciones y se exterminen todos los vestigios dejados por el kirchnerismo, pero no hacen subir las exportaciones, amén de que todo ello no les impide igualmente protestar contra el tarifazo y el derrumbe económico. En suma, como sucedió con la Alianza, los problemas económicos recibidos parecen agravados y en ningún caso se toma debida cuenta del adverso contexto internacional y los efectos negativos que genera sobre los gobierno de Cambiemos y de la Alianza.

Por último, existen dos paralelismos más. Uno de ellos tiene que ver con que ambas coaliciones apuestan a presentar su discurso sobre la base de las promesas “técnicas” y economicistas, hijas de la tecnocracia neoliberal, en la cual la racionalidad del mercado debe cubrirlo todo (Cambiemos es llamado comúnmente la “ceocracia” o el “gobierno de los gerentes”, mientras que durante la Alianza los economistas hegemonizaron el gabinete presidencial). Para complementar esto y en segundo lugar, lo promovido por ambos gobiernos en materia de comercio exterior y respecto de la posición comercial estratégica del país es muy similar, ya que sendas coaliciones confían en que la apertura económica y el libre comercio serán suficientes para modernizar al país y hacer crecer el producto. El hecho más notorio al respecto es la vuelta al “alineamiento automático” con los Estados Unidos y a implementar estrategias comerciales en consecuencia: si la Alianza había apostado bajo la gestión de Cavallo a desmontar el Mercosur y abrazar el Acuerdo de Libre Comercio Continental propuesto por los Estados Unidos (el ALCA), ahora Cambiemos repite la historia de igual modo: alienta las perspectivas de que el país sea parte de la Alianza Tras-Pacífico, que es el tratado de libre comercio remanente del fracaso del ALCA, repitiendo así la historia de 2001, tanto como una farsa como siendo una tragedia.

En síntesis, como ocurrió con la Alianza, en Cambiemos suponen que sólo tomando medidas a favor del capital concentrado, los bancos, inversores externos y la elite empresarial o al abrir la economía, será suficiente para revertir la situación económica y captar los votos de aquellos a los cuales sus medidas inevitablemente perjudican, que son los trabajadores, la clase media y los sectores populares. De este modo, los miembros de esta coalición analizan que perjudicando a aquellos de quienes dependen para obtener sus votos (el grueso de la población) y favoreciendo a los que nada le aportan (el capital concentrado) podrán sacar réditos de ambos, para finalmente descubrir que es más fácil perder el respaldo de todos precisamente por seguir obstinadamente la estrategia neoliberal. A la postre, cuando los hombres y

mujeres del capital perciban que el proyecto político de Cambiemos tambalea por su inviabilidad electoral, no temerán en soltarle la mano, sin que ello implique tampoco que una vez perdido el apoyo empresario se recupere el respaldo de los trabajadores. Entonces, sólo en ese momento las consecuencias del plan económico de Cambiemos serán exactamente iguales a las que tuvieron en materia social los tan mentados modelos de Frondizi y Krieger Vassena, uno derrotado en las urnas cuando se impuso el peronismo en 1962 y el otro expulsado del gobierno por el estallido popular que implicó el “Cordobazo” en 1969. Como podemos ver, estos son los mismos resultados políticos que terminó teniendo en forma combinada la Alianza en 2001: una derrota electoral a través del “voto bronca” y una revuelta popular que le puso fin<sup>7</sup>.

### **¿Volver al pasado? La dinámica económica, las consecuencias sociales y el resultado electoral**

*Yo quisiera que a la Argentina le fuera bárbaro con Macri. Te mentiría si no te doy mi duda. ¿Cuáles son mis dudas? Que esta película ya la he visto, se repite, y es que empieza la danza de los préstamos. Y en algún momento hay que pagar. Y cuando hay que pagar vienen los ajustes, o la venta de esto y otra vuelta. Esta película la he visto*

José “Pepe” Mujica, expresidente uruguayo, 28/10/16

A pesar de la terrible explosión final con la que acabó su presidencia, la gobernabilidad de la Alianza no fue poca y el apoyo en las encuestas no se desmoronó de un día para el otro. Al contrario, durante el semestre inicial de gestión (y a pesar de que el gobierno aplicó sus tres primeros ajustes) De la Rúa contó con altos respaldos en las encuestas: su alta popularidad le permitió a la Alianza imponerse en las elecciones de Jefe de Gobierno en la Ciudad de Buenos Aires en mayo de 2000 y también su figura fue utilizada como principal emblema de la campaña por la moratoria fiscal. En este sentido, la Alianza contó también al comenzar su gobierno con una alta valoración popular, un blindaje casi total por parte de los medios hegemónicos y cierto apoyo sindical. Por ejemplo, tempranamente la CTA se alineó con De

<sup>7</sup> Eduardo Duhalde ha salido a advertir: “Tenemos que ayudar al Gobierno porque no hay otra alternativa. Si no quieren al que se fue (el kirchenismo) ni al que está (PRO), esto puede ser un que se vayan todos, como en diciembre de 2001 [...] Esto puede terminar en una guerra civil, en una matanza, por lo tanto, yo le pido responsabilidad a los dirigentes. No hay reemplazo de este Gobierno, sino díganme quién” (*Política argentina* 29/10/2016). Con un tono similar, el legislador porteño Gustavo Vera, amigo y vocero no oficial del Papa Francisco, temiendo un escenario similar, dijo al diario *El País* de España: el Papa “impedirá un estallido social en la Argentina” y que “ayudará para que (Mauricio) Macri pueda concluir su mandato” en 2019 (*El País* 13/10/2016).

la Rúa, ya que varios de sus miembros eran también parte del Frepaso y la CGT de Daer le dio bastante tregua, pero al poco tiempo ambas centrales sindicales se alinearon con la oposición y combatieron a la Alianza hasta el final. En otras palabras, nada bastó para evitar los conflictos, la violencia y la pérdida de popularidad para que el caos último se impusiera. Más bien la caída de la imagen presidencial fue un proceso lento y paulatino. Primero comenzó por las sospechas de sobornos en el Senado que crecieron con fuerza en agosto de 2000 y se agudizaron todavía más en octubre de ese año cuando renunció el vicepresidente Álvarez (abortando con este acto las esperanzas de renovación institucional); además, la fragmentación interna de la coalición, el pase de muchos de sus diputados a las filas de oposición, los sucesivos ajustes y finalmente la falta de respuestas de la economía fueron los elementos que terminaron sentado la combinación perfecta para el final deplorable de diciembre de 2001. Es decir, más allá de las debilidades y cualidades de De la Rúa para el liderazgo, lo que resultó verdaderamente inviable en la Alianza fue el tipo de programa aplicado, que no escatimó en ajustes, endeudamiento, represión, desempleo, pérdida de derechos y desmoronamiento de su legitimidad por todas las acciones y medidas que tomó.

Para el caso de Cambiemos, sin dudas esta coalición recibió hasta ahora un arropamiento arrollador por parte de la gran prensa, que ha pasado a convertir a los grandes medios de comunicación en el principal sostén del actual gobierno. Igualmente esto, si el programa de gobierno de Cambiemos resulta ser tan parecido al de la Alianza, no será posible entonces controlar a una población que se ha acostumbrado a movilizarse, a reclamar por sus derechos y a intervenir en la arena pública de manera sumamente activa. Además, los sindicalistas por más propensos al “diálogo” o la negociación que puedan ser, es difícil que estén dispuestos a dejar de lado la movilización, a deslegitimarse ante sus bases o a firmar paritarias por debajo de la inflación sólo para congraciarse con un gobierno proempresario que no es peronista y que inevitablemente terminará por volverse su principal enemigo. Por lo cual, con este escenario, no es de extrañar que las sombras del pasado y de la Alianza terminen por proyectarse sobre Cambiemos y su futuro.

Todos los escenarios en lo próximo parecen complicar fuertemente al gobierno de Macri, volviendo a 2017 un escenario similar y tan terrible como el de 2001. Si se concreta la situación optimista proyectada por Cambiemos, la cual parece ser excesivamente positiva y muy alejada de lo que viene sucediendo, la economía podría crecer en dicho año cerca de un 2 ó 3%, lo cual apenas serviría para recuperar todo lo que se perderá en 2016. Igualmente, de concretarse ello, la recuperación de ninguna manera servirá para compensar la caída de puestos de trabajo, el aumento de la pobreza, la baja de salarios o de la concentración económica que ya se produjo, amén de

que -como dijimos- no parece haber un sector que muestre el suficiente dinamismo para hacer quebrar las tendencias recesivas, ya que casi todas las variables vienen cayendo (inversión, consumo, construcción, ingresos fiscales y gasto estatal). En consecuencia, la situación del mercado interno será muy mala, los sectores asalariados y medios no verán ninguna mejora concreta para sus intereses y el gobierno no tendrá los números económicos suficientes para justificar o mostrar que todo el esfuerzo realizado valió la pena. En cambio, si el escenario para 2017 no confirma lo estimado para el gobierno y la economía continúa sin dar respuestas, entonces la situación social, laboral y empresarial serán infinitamente peor, por lo que el malestar se hará sentir en profundidad: si hasta ahora el nivel de conflictividad social ha sido muy alto, parecerá estar lejos de mostrar signos de tregua hacia el futuro sino que proyectará un crecimiento exponencial. La excusa de la “herencia recibida” o de que todo se arreglará mágicamente durante el “segundo semestre” ya no correrá más en 2017 y también la paciencia contra las medias del gobierno se habrán terminado: la “luna de miel” y el espíritu esperanzador con el que cuentan los gobiernos apenas asumen ya no estarán, amén de que los escándalos de corrupción del macrismo podrían escalar sin pausa. Todavía más: dado este panorama, si las movilizaciones, paros y protestas aumentan, la agudización de la conflictividad social presagiará tiempos duros para la gobernabilidad. En esta línea, el sindicalista Ricardo Pignarelli, titular de SMATA, advirtió: “En el conurbano empieza a haber necesidades que empujan a volver a otros tiempos, tiempos que no quiero ver más [...] Tiempos de necesidades, de agresión, de la violencia, que no dejan desarrollar al país...Ojalá pasemos fin de año en paz y ojalá el año que viene cambie” (*Diario Registrado* 02/11/2016). Como le pasó a la Alianza, este gobierno no tiene un sujeto político capaz de respaldarlo en las calles cuando la situación se ponga verdaderamente crítica ni una base de sostén en la cual apoyarse como núcleo duro, ya que como dijimos, sólo llegó al gobierno siendo la segunda minoría, con un “consenso negativo” y con la falsa ilusión de ser una mayoría. Por ende, ni los medios de comunicación, el FMI o los empresarios serán suficientes para evitar el derrumbe del consenso o la tolerancia hacia el macrismo. Sobre todo porque 2017 es un año electoral y -como todo año electoral en la Argentina- las movilizaciones, paros y conflictos sociales tienden a subir a toda velocidad y porque la oposición se vuelve muy dura y reacia a aprobar proyectos en línea con el programa neoliberal como pretende Macri y porque la población tiende a reclamar mucho más en dichas coyunturas<sup>8</sup>.

Por supuesto que el gobierno de Cambiemos utilizará un as bajo la manga para intentar que su panorama futuro no sea tan negro. Así, y como no

<sup>8</sup> Es indispensable tener presente que todo gobierno cuando comienza su gestión tiene un momento inicial de apoyo y actúa en una “posición ofensiva”, dominando la escena política y en la cual intenta sentar el esquema de su programa político, contando con altos niveles de

podría ser de otro modo, la principal respuesta a todos los problemas va a ser recurrir al endeudamiento externo de manera fanática -destruyendo el esfuerzo que se hizo durante los gobiernos kirchneristas por bajar la vulnerabilidad financiera del país y de endeudamiento- y dejándole así por parte de Cambiemos una verdadera y pesada "herencia a recibir" a las futuras generaciones. Como lo explicó claramente un informe de Mario Brodersohn, un economista cercano a Cambiemos, señalando que para 2017 "la estrategia del gobierno argentino es muy simple: financiar el déficit con endeudamiento externo, aprovechando que partimos de un nivel muy bajo de deuda externa: la deuda neta del gobierno en dólares cayó del 55% del PIB en 2001 al 19% del PIB tras el pago a los *holdouts*; supongamos que sumando 2016 y 2017 la deuda externa neta aumente en 40.000 millones de dólares, ello

aprobación en las encuestas. Empero, indefectiblemente, ningún gobierno puede estar siempre a la ofensiva o con el dominio de la situación, sino que en algún momento sufre una crisis o bajas en las encuestas y debe ponerse "a la defensiva", situación para la cual requiere estar protegido y tener algún tipo de escudo para defenderse y recuperarse. En otra parte hemos realizado un estudio respecto de las crisis presidenciales y la capacidad de supervivencia presidencial a ellas para el periodo 1990-2015 en América latina, tomando 15 casos de estudio. Allí hemos llegado a la conclusión de que lo que resulta indispensable para que un presidente no termine su mandato en forma anticipada es tener como condición necesaria, sobre todo para los gobiernos que promueven cambios abruptos, un Escudo Parlamentario y también, como un complemento esencial para los gobiernos con programas populistas, un Escudo Popular. Sin embargo, el gobierno de Macri, al igual que pasó con la Alianza, no cuenta con ninguno de ellos. Por lo cual, estará en una situación de mucha debilidad cuando deba enfrentar alguna crisis de gobierno severa o baje en las encuestas. Ver al respecto, Argento y Zícari (2016). Por último, también debemos tener en cuenta un factor fundamental de la recurrente inestabilidad política argentina: el campo político suele polarizarse con mucha facilidad entre el peronismo y las eclécticas coaliciones antiperonistas. Empero, la constitución de ambos lados de la dicotomía no es simétrica: mientras el polo peronista suele tener un liderazgo y consistencia propios, el polo anti-peronista carece de ello, por lo cual, una vez que logra su cometido de alejar al peronismo del gobierno los antiperonistas tienden a desarmarse muy rápido como coalición, puesto que a sus miembros no los une el amor o el apoyo decidido de un programa político unificado (un "consenso positivo"), sino el espanto de que el peronismo gobierne (el "consenso negativo"). Así, paradójicamente, el polo antiperonista cuando "triunfa" suele debilitarse, ya que tiende a fragmentarse y a entrar en conflictos acelerados, atomizando a sus participantes y haciendo que cada uno de ellos vuelvan a ser minorías aisladas, todas enfrentadas entre sí. Finalmente, con dicha secuencia, el polo peronista no sin cierta dificultad, logra mantenerse como poder consolidado y luego es capaz de controlar la escena política ya que tiene a todos sus opositores fragmentados hasta que nuevamente logren volver a unirse en pos de formar una nueva coalición antiperonista. Por eso mismo, tanto la Alianza como Cambiemos, una vez que aplican su programa político por fuera de alentar cierto revanchismo antiperonista, empiezan a debilitarse, amén de que sus medidas de gobierno y programas económicos de ajuste no generan adhesiones populares, sino rechazo y conflictos sociales crecientes, perdiendo apoyos y desmantelando la coalición que montaron para llegar al gobierno.

<sup>9</sup> El extremo del ridículo de los que aplican hoy la estrategia ortodoxa es que estos asegura-

aumentaría la deuda al 27% del PIB, que es un porcentaje aún bajo en las comparaciones internacionales” (*La Nación* 30/09/2016). Sin embargo, el mismo economista aclaró: “el punto débil de esta estrategia es que se estima un importante desequilibrio externo en 2017, que será más amplio cuanto más exitosa sea la reactivación económica. Este desequilibrio externo puede introducir ansiedad en los operadores económicos y a predisponerlos a anticipar decisiones cambiarias” (Ib.). En otras palabras, el programa económico de Cambiemos es sumamente dependiente para mantenerse de los niveles de endeudamiento, de igual modo a cómo lo fue el gobierno de la Alianza por haber estado atado al sistema de convertibilidad, volviendo a ambos programas insostenibles y excesivamente peligrosos para mediano y largo plazos: si las tasas de interés subieran o se cortara el crédito el desplome sería inmediato. Ligado con esto, y que es una arista que se está descuidando, la política monetaria antiinflacionaria aplicada por el Banco Central de corte ortodoxo, que se propuso absorber pesos con letras, ha duplicado prácticamente el nivel de la base monetaria con la emisión de Lebac, por lo que el nivel de pasivos que contrajo la autoridad monetaria equivale a la cantidad de dinero en circulación y en bancos (según datos del BCRA, ambos rondan los 700 mil millones de pesos), lo que no es menor, ya que esto implica debilitar al sistema financiero y dejarlo muy vulnerable, con una propensión al riesgo de *default* estatal y sistémico similar al de 2001: la estructura bancaria está muy ligada con lo que ocurra con el sector público, el cual demuestra ser inconsistente temporalmente y crecientemente endeble ante virtuales ataques especulativos o el quiebre de la confianza de los prestamistas<sup>9</sup>. Con todo, por más alto y masivo que pueda ser el recurso del endeudamiento, éste siempre será insuficiente para paliar la situación actual como dijimos, porque el aumento del déficit fiscal es ya muy importante y porque el déficit comercial que provocaron las medidas de Cambiemos también está creciendo mucho. Con ello, el grueso de la deuda que pudiera tomarse en 2017 se utilizará en estos dos ítems (atender los déficits fiscales y comerciales), sin contar entonces con recursos para poner en marcha un plan económico que pueda quebrar la tendencia recesiva. La Alianza a pesar del deplorable manejo que tuvo de la economía, con medidas como el “megacanje”, la reestructuración voluntaria de deudas (ambos ocurridos en 2001) y con las sistemáticas ayudas del FMI (como los fondos del “Blindaje” y del “salvataje”) recibió recursos externos netos enormes: 2001 fue el año de mayor ayuda externa (**cuadro 1**) y aun con todo ello no pudo evitar ni el castigo electoral ni la explosión de la economía, por tanto Cambiemos tendrá un desafío enorme que las recetas kirchneristas eran “insostenibles” y que eran “irresponsables”, cuando las medidas kirchneristas lograron hacer crecer la economía y desendeudar al país. En cambio, en la actualidad, el país decrece y sólo puede evitar un desplome aún mayor vía un nivel de endeudamiento crecientemente explosivo.

**Cuadro 1.** Desembolsos, pagos y saldos netos de FMI con la Argentina (1990-2001) (en millones de dólares)

Año	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001
Desembolsos del FMI	458	418	804	1.586	893	2.317	788	433	0	0	2.064	10.619
Pagos al FMI	731	1.035	877	378	423	475	426	469	682	827	1.453	1.631
Desembolsos netos	-273	-617	-73	1.208	470	1.842	362	-36	-682	-827	611	8.988

Fuente: (Brenta, 2008: 505).

me en esta dirección.

En suma, y como vemos, en Cambiemos parecen estar tomando todas las decisiones para acelerar los pasos del camino que llevó a la Alianza a 2001: se dan el abrazo del oso con el FMI suponiendo que siendo obedientes con el libreto del discurso ortodoxo será suficiente para que las cosas funcionen, pero al riesgo de no observar que son esas mismas medidas de ajuste, endeudamiento, despidos y concentración de los ingresos las que hacen e hicieron que la economía -al contrario- se vaya a pique y el apoyo electoral se desmorone, y por tanto la gobernabilidad se evapore.

### **Conclusión. De la Alianza a Cambiemos: la naturaleza del neoliberalismo**

*Solo un idiota o un loco hace dos veces las mismas cosas y espera obtener resultados distintos*

Albert Einstein

Las experiencias liberales en la Argentina tienen el increíble logro de vencer a sus audiencias de que aplican programas responsables y austeros que no tienen otra finalidad más que sanear la economía. Parecen ser personas "serias", eficientes y que son "técnicos" altamente capacitados que no se dejan tentar por cuestiones políticas o ideológicas como dicen que ocurre en los gobiernos "populistas". Sin embargo, si se las evalúa por sus resultados ellos indican lo profundamente engañoso de su discurso, puesto que todas las experiencias ortodoxas terminaron por arrojar resultados infinitamente peores de los que encontraron y a los cuales se comprometieron a enmendar: hacen subir la inflación, aumentan el déficit fiscal, hacen crecer el endeudamiento, dejan más vulnerable al país, primarizan el aparato productivo, estancan el producto, concentran ingresos y provocan déficits en el sector externo. Igualmente todos estos desastres, tampoco hacen que dichos esfuerzos valgan la pena, puesto que siempre dejan una situación social

mucho peor de la que encuentran: generan desempleo, bajas de salarios, aumentan la pobreza, concentran los ingresos, hacen quebrar a miles de pequeñas y medianas empresas, provocando a la par una extrema desigualdad y destruyen las economías regionales. Si se tiene en cuenta los resultados obtenidos por los “técnicos” de los gobiernos de la Revolución Libertadora (1955-1958), Frondizi (1958-1962), Guido (1962-1963), la Revolución Argentina (1966-1973), el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983), Sourrouille (1985-1989), el menemismo (1989-1999), la Alianza (1999-2001) y Cambiemos (desde 2015 en adelante) se notará que casi todo o directamente todo lo recién mencionado ocurrió. A pesar de esto y sin ningún tipo de empacho, los cuadros liberales vuelven a hacerse cargo del manejo económico una y otra vez en nuestro país, ensayando las mismas recetas para tener exactamente los mismos resultados (Zaiat, 2005).

Con todo, lo que es más llamativo es que desde el retorno a la democracia en 1983 los cuadros de la ortodoxia neoliberal han logrado colonizar la orientación ideológica de los partidos políticos populares (cuando antes lo hicieron de igual modo con los militares), estableciendo un “sentido común” de raíz tecnocrática en la cual promueven fanáticamente un antiestatismo rampón, en el que se desviven por controlar la inflación o reducir el déficit fiscal a cualquier costo, pero sin considerar jamás nociones como la equidad social o el bienestar de la población. Más bien, cualquier atisbo a favor de las mejoras distributivas es identificado como regulaciones distorsivas, controles públicos autoritarios y “actitudes antiempresarias” (Aronskind, 2008).

En este trabajo se ha intentado comparar las experiencias neoliberales de la Alianza y Cambiemos, señalando algunas de sus similitudes y diferencias a un año del gobierno de esta última. En el terreno político existen paralelismo en la medida en que ambas experiencias presentaron sus proyectos políticos como una cruzada republicana a favor del cambio, la transparencia y la lucha contra la corrupción, aunque debemos decir que dicha propuesta si bien les permitió a las dos coaliciones alcanzar la presidencia del país, igualmente ambas contaron con un bajo poder institucional (leve control territorial y legislativo). Con vistas al terreno económico, los objetivos principales de sendas experiencias se repartieron los tópicos preferidos del neoliberalismo: una se propuso liquidar el déficit fiscal (la Alianza) y la otra la inflación (Cambiemos), subordinando todo su programa económico a cada una de estas metas. No obstante esta diferencia de objetivos, las recetas utilizadas han sido más parecidas que diferentes: ambos gobiernos suponen que con trazar un discurso proempresario será suficiente para que las inversiones se multipliquen y la economía se expanda. Por su parte, los problemas fiscales y externos que ambas coaliciones generaron por haber aplicado el mismo recetario ortodoxo, ha llevado a que los dos gobiernos optaran por “solucionarlos” de igual modo: endeudar al país hasta el extremo, sin

tener igualmente resultados positivos en el terreno económico sino una desmejora permanente en las condiciones de vida de la población.

Esta triste historia parece recordar la conocida fabula de la rana y del escorpión: en ella un escorpión le pide a una rana que le ayude a cruzar un río, a lo cual la rana al principio se niega porque tiene miedo de que el escorpión la pique y la mate, sin embargo éste le promete que de ninguna manera la picará, puesto que si lo hace mientras cruzan el río ambos morirán. De esta manera, la rana confía en el escorpión y lo sube a sus espaldas para atravesar el río, sin embargo en medio del cruce el escorpión pica a la rana, la cual sorprendida le pregunta a aquél: “¿cómo has podido hacer esto, no te das cuenta que ahora ambos moriremos?”, a lo que el escorpión le responde: “es que no he tenido elección, está en mi naturaleza”. De igual modo parece actuar el pensamiento neoliberal en la Argentina: aplican siempre las mismas recetas que destruyen al país, a los gobiernos que forman parte y a la postre a sí mismos. No obstante, la población, como la rana de nuestra fábula, siempre supone que alguna vez dichos “técnicos” no ejecutarán las mismas recetas, que empero terminan aplicando sin temor para tener igualmente idénticos resultados a los del pasado, puesto que la ecuación de perjudicar a las mayorías para beneficiar a las minorías es el norte de estos programas. Es como si el neoliberalismo en la Argentina nunca pudiera cambiar, ya que la destrucción del país es parte de su naturaleza.

## Bibliografía

- Argento, Melisa y Zicari, Julián (2016). “Crisis presidenciales, escudos parlamentarios y escudos populares en América Latina. La supervivencia presidencial en la inestabilidad política (1990-2015)”. En prensa.
- Aronskind, Ricardo (2008). *Controversias y debates en el pensamiento económico argentino*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional y UNGS.
- Arzadun, Daniel (2004). *El peronismo: un reino sin monarca. Análisis del comportamiento político desde el triunfo de la Alianza hasta la asunción presidencial de Néstor Kirchner*. Buenos Aires: Ensayo Agebe.
- Basualdo, Eduardo (2006). *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Siglo XXI, Bs. As.
- Brenta, Noemí (2008). *Argentina atrapada. Historia de las relaciones con el FMI: 1956-2006*. Ediciones Cooperativas: Buenos Aires.
- Burgos, Martín (2016). “Un análisis de la quita de retenciones desde la economía política” en Lijalad, Ari (Comp.) *Macri lo hizo. El impacto de las primeras medidas de su gobierno*. Ediciones Continente: Buenos Aires.
- Canitrot, Adolfo (1975). “La experiencia populista de redistribución de ingresos”. *Desarrollo Económico*, N° 59, pp. 331-351.

- De Büren, Paula (2014). *La escuela austriaca de economía, expansión y difusión de sus ideas fuerza. Argentina 1959-1989*. Tesis doctoral, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Diamond, Marcelo (1983). *El péndulo argentino, ¿hasta cuándo?* Buenos Aires.
- Dikenstein, Violeta y Gené, Mariana (2014). "De la creación de la Alianza a su vertiginosa implosión. Reconfiguraciones de los elencos políticos en tiempos de crisis" en Pucciarelli, Alfredo (Coord.) *Los años de la Alianza. La crisis del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ferrer, Aldo (1980). *Crisis y alternativas de la política económica argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas (2005). *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires: Ariel Sociedad Económica.
- Llach, Juan (1987). *¿Reconstrucción o estancamiento?* Buenos Aires: Editorial Tesis.
- Novaro, Marcos (2004). "Problemas de gobernabilidad en la última crisis argentina: entre la hegemonía y la fragmentación". *RIFP*, N° 23, pp. 160-186.
- O'Donnell, Guillermo (2008). "Estado y alianzas de clases en la Argentina, 1956-1976" en *Catacumbas*. Prometeo: Buenos Aires.
- Ollier, María (2001). *Las coaliciones políticas en la Argentina. El caso de la Alianza*. Buenos Aires: FCE.
- Pérez Liñan, Aníbal (2008). "La reversión del resultado en la doble vuelta electoral: una evaluación institucional del Balotaje". *Miríada*, Vol. 1, N° 1, pp. 9-33.
- Portantiero, Juan Carlos (1977). "Economía y política en la crisis argentina", en *Revista Mexicana de Sociología*, México.
- Vilas, Carlos (2001). "Como con bronca y junando: las elecciones del 14 de octubre del 2001". **Realidad Económica**, N° 183, pp. 6-15.
- Vommaro, Gabriel; Morresi, Sergio y Bellotti, Alejandro (2015). *Mundo Pro. Anatomía de un partido fabricado para ganar*. Buenos Aires: Planeta.
- Zaiat, Alfredo (2005). *¿Economistas o astrólogos? La economía de los noventa*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Zícarí, Julián (2014a). "El réquiem del uno a uno. Tres corridas bancarias y la instauración del corralito en el final de la convertibilidad". **Realidad Económica** N° 281. Buenos Aires.
- Zícarí, Julián (2014b). "Ajuste estatal sin equilibrio político. La gestión de López Murphy como ministro de Economía de la Alianza en marzo de 2001". *Colección (UCA)* N° 24.
- Zícarí, Julián (2014c). "Las elecciones legislativas del 2001. Entre el 'voto bronca' y el final del gobierno de la Alianza". *Anuario de Historia*, UNR, N° 26.
- Zícarí, Julián (2014d). "Matrioskas económicas. La convertibilidad argentina, sus ciclos y crisis. Dinámica interna, sistema bancario, déficit fiscal y endeudamiento". *Ensayos de Economía*, N° 45, Universidad Nacional de Colombia.
- Zícarí, Julián (2015). "Dos formas de estabilizar una economía y sus consecuencias. Los planes de ajuste de Perón y Frondizi". **Realidad Económica**, N° 291, pp. 10-34.

- Zícari, Julián (2016a). "Miradas sobre el vendaval. Una revisión crítica de las explicaciones económicas y sociopolíticas de la crisis argentina de 2001". En prensa.
- Zícari, Julián (2016b). "De la derrota a la presidencia. La trayectoria política de Eduardo Duhalde entre 1999 y 2001". *Trabajos y comunicaciones*, N° 44.
- Zícari, Julián (2016c). "Estrategias individuales, consecuencias colectivas. La renuncia de Chacho Álvarez a la vicepresidencia del país". En prensa.
- Zícari, Julián (2016d). "Hasta que la crisis nos separe: Alfonsín, De la Rúa y el Partido Radical durante el gobierno de la Alianza (1999-2001)". *Revista Cambios y Permanencias*, N° 7.
- Zícari, Julián (2016e). "Las dos crisis de la convertibilidad y su dispar resolución. Una explicación sociopolítica". *Espectros. Revista cultural* N° 3.